

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE CRISIS (A PROPÓSITO DE LA DECLARACIÓN DE BARINAS)

ASDRÚBAL PULIDO - apulmed@hotmail.com

EX-JEFE DE LA ZONA EDUCATIVA DE MÉRIDA



Enos aquí confrontados a la *vexata quaestio*! El futuro de la universidad y su autonomía.

El debate sobre la autonomía universitaria no es de reciente data; no obstante, en la actualidad ha sido retomado como parte de la controversia política inmediatista y ajena a la misión orientadora de la universidad. En aras de la defensa y recuperación de la legitimidad universitaria y en búsqueda del entendimiento nacional, los universitarios debemos iniciar una discusión profunda, sin apriorismos sobre la nueva relación "Estado, sociedad y educación superior". Bajo ningún concepto, nuestras máximas casas de estudios deben convertirse en espacios de una desalentadora confrontación nacional. Por el contrario, nuestro deber es incentivar la discusión, el diálogo, el análisis. El diálogo exige escuchar atentamente al interlocutor, presupone la disposición a aprender unos de otros. El camino que lleva del conflicto al diálogo puede ser, desde luego, largo y escabroso; fructífero, si

partimos de la base de que el otro puede tener razón.

En su sentido etimológico de *universitas*, universidad significa totalidad; lugar donde confluyen diferentes corrientes del pensamiento, espacio de confrontación de ideas y de conclusiones lógicas. Por lo tanto, la universidad como institución, no representa parcialidad política alguna.

La universidad es un espacio de pluralismo por excelencia y donde hay pluralidad hay el diálogo. Sin embargo, para el común de los venezolanos resulta inexplicable no sólo el silencio de las universidades, sino también, de otras instituciones que deberían constituir una voz orientadora en los difíciles momentos por los cuales atraviesa nuestro país. Así por ejemplo, nadie ignora que la mayoría de los programas de la televisión "venezolana", distorsionan la mente de nuestros niños y estimulan un apetito genésico insaciable en nuestros jóvenes. No obstante, ¿cuál ha sido la posición de la Conferencia Episcopal Venezolana frente a la Ley de Contenidos? ¿Dónde está la posición institucional de la universidad? ¿Existe libertad de expresión en nuestro país? ¿En qué consiste el proyecto de responsabilidad

social en radio y televisión? ¿A qué obedece este inexplicable y prolongado silencio? ¿Los universitarios hemos renunciado a nuestro papel de vanguardia intelectual del país? ¿Qué estamos haciendo para vencer nuestras dificultades nacionales e institucionales?

Muchas interrogantes ameritan respuestas, como universitarios debemos ayudar en su búsqueda. Prosigamos: los acontecimientos del 11 de abril, ¿golpe de Estado o vacío de poder? ¿Quién financió el paro y esa guerra mediática sin precedentes en nuestra historia? La destrucción de la infraestructura del motor de nuestra economía, Pdvs, ¿acto heroico o crimen de lesa humanidad? ¿Qué repercusiones tendrá para el futuro de nuestro país? ¿No es cierto que uno de los decretos de Carmona Estanga contemplaba el retiro de Venezuela de la OPEP? ¿Por qué? ¿No es cierto que en la actualidad todas las guerras tienen un trasfondo: el petróleo? ¿La agresión contra Afganistán, Corea del Norte, Irak y América Latina, no esconde acaso la pretensión de mister Bush y las compañías petroleras norteamericanas de adueñarse del tercer factor mundial de poder: los yacimientos petrolíferos? ¿Cuál es el verdadero papel de la OEA y de los países autodenominados amigos de Venezuela? Después del genocidio Irakí, ¿cual será el próximo país? ¿Cuál será el futuro de la OPEP y por ende, de nuestra industria petrolera? ¿Cuáles han sido los efectos del neoliberalismo, ideología de la economía global en el mundo subdesarrollado? La búsqueda de respuestas a estas interrogantes, posiblemente forman parte de la cotidiana discusión de alguna cátedra en nuestra universidad; empero, si sus conclusiones permanecen prisioneras en las cuatro paredes de un aula de clase, no pasarán de ser un esfuerzo estéril, un mero ejercicio de gimnasia verbal.

Nuestras máximas casas de estudio deben retomar su sentido original: ser el foro y el faro que ilumine y oriente el futuro de nuestro país. Así lo contempla el artículo 2 de nuestra Ley de Universidades; al definir las como "... instituciones al servicio de la nación y a ellas corresponde colaborar en la orientación de la vida del país mediante su contribución doctrinaria en el esclarecimiento de los problemas nacionales".

La mejor manera de defender la autonomía es ejerciéndola. La universidad por su propia esencia no debe ser instrumento de partido político alguno. La marcada ingerencia de agentes exógenos en sus asuntos internos tiende a desfigurar el sentido original de nuestra máxima casa de estudio, "buscar la verdad, afianzar los valores trascendentales del hombre, colaborar en la orientación de la vida del país, ejercer una función rectora en la educación, la cultura y la ciencia". Bajo la

presión del nepotismo y del clientelismo político, nuestra *Alma Mater*, "la casa que vence a las sombras", corre el riesgo de convertirse en la sombra misma.

I.- La autonomía universitaria

De manera constante, en una especie de ritornello, los representantes del ayer hablan con magistral elocuencia de la inminente militarización de la Educación Superior y de la amenaza a la autonomía universitaria. Al respecto, huelga destacar que a lo largo de toda su historia, la universidad ha soportado los embates de los gobiernos de turno, presionados a la vez, por los organismos multilaterales, para tratar de someterla a sus particulares intereses. Por lo demás, la universidad tiene enemigos tanto externos como internos, quienes aprovechan nuestras debilidades para desprestigiarnos, aún más, ante la sociedad. La autonomía es un principio inalterable que es necesario defender sin perder el sentido crítico de la misma. Le hacen un flaco servicio quienes con cualquier pretexto y sin mediar las consecuencias de sus acciones, paralizan constantemente las actividades universitarias. Para la estrategia neoliberal que juega a la indiferencia y apuesta al deterioro de la educación pública y gratuita, mientras más conflictos internos, huelgas, paros indefinidos haya, tanto mejor.

Nuestra Carta Magna establece que la universidad es autónoma dentro de los límites que las leyes determinan. Ningún profesor con un mínimo sentido de pertenencia, puede permanecer indiferente frente a los excesos de poder de cualquier gobierno. Nosotros defendemos la autonomía universitaria, la libertad de cátedra y de investigación, el derecho de elegir a nuestras autoridades y ser electos. Pero resulta indefensible, aquella concepción de la autonomía universitaria en cuyo nombre se han cometido y se cometen muchas irregularidades. Autonomía que otorga ciertas licencias, entre otras, la de desviar recursos hacia la adquisición de objetos que si bien son necesarios, no son imprescindibles. Aquella que malogra el estado de derecho y permite no rendir cuentas claras sobre el destino de los recursos de la nación. Todo esto en nombre del rango autonómico.

Si bien es cierto que la universidad está atravesando una difícil situación, los universitarios no debemos perder la memoria histórica. Desde aquel fatídico viernes negro, el cerco económico ha venido estrechándose cada vez más. Esto obedece a la estrategia neoliberal de dejar morir de inanición, de desprestigiar lo público para fortalecer lo privado. Esta política ha

dado lugar en nuestro país al florecimiento de una productiva industria: la “buhonería académica”. Es sorprendente la proliferación de institutos universitarios y de universidades privadas que, sin tener planta física ni profesoral vienen implementando doctorados a lo largo y ancho de nuestro país. La estrategia de privatización a ultranza marcha sobre rieles.

II.- La equidad en el acceso a la Educación Superior

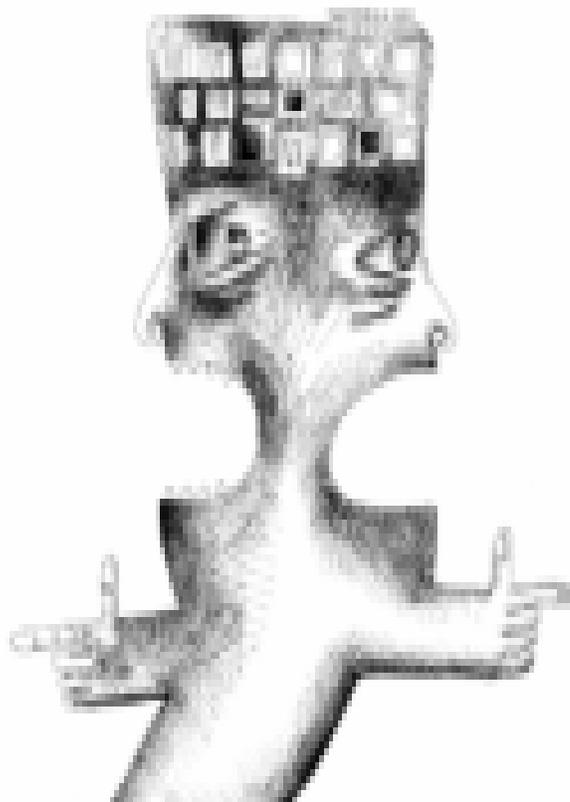
Para un significativo número de jóvenes, la posibilidad de realizar estudios superiores no deja de ser un sueño lejano e inaccesible. Conspiran en su contra su deficiente preparación académica y los numerosos fieltos colocados a las puertas de las universidades autónomas.

Desde hace aproximadamente tres décadas, excepción hecha de la Universidad Experimental de Yaracuy, en nuestro país, no se crean instituciones públicas de educación superior ni universidades autónomas. Esto ha llevado a las autoridades de las universidades autónomas a establecer una política de *numero Clausus*, es decir, de crecimiento cero. Se ha venido contingentando cuantitativamente el ingreso de estudiantes sobre la base de los cupos disponibles. Salomónica respuesta del Estado para eludir todo esfuerzo de crear nuevas universidades.

Es verdad, la pésima preparación de los bachilleres que aspiran a realizar estudios universitarios resulta inocultable, sin embargo, imputarles el descalabro de nuestro sistema educativo, resulta una arbitrariedad. Es convertir a la víctima en victimario.

Tanto los resultados de la prueba de aptitud académica como el nivel de desempeño de los jóvenes que logran franquear las puertas de los institutos de educación superior, deja mucho que desear. Sin embargo, si los jóvenes llegan a la universidad con un bajo nivel de preparación, en lugar de colocar trabas en los institutos de educación superior, y aunque la universidad no puede permanecer ajena a esta realidad, la solución hay que buscarla en la reforma de nuestro sistema educativo, desde el preescolar hasta la educación básica, media, diversificada y profesional.

La universidad autónoma es una institución fundamentalmente humanística, en consecuencia, más



allá de la formación integral del hombre, no deja de ser alarmante que en nuestras máximas casas de estudio, no resulta difícil encontrar jóvenes de un pensar inerte, plegadizo; incapaces de manejar críticamente las informaciones que poseen y reciben. Nunca toman decisiones; pues el dejar que otros decidan por ellos les elimina todo atisbo de responsabilidad.

Pero, ¿Qué espera a los afortunados que han salvado todas las banderas? La incertidumbre. Tener un diploma universitario no garantiza una inserción en el mercado laboral, cónsona con la formación adquirida en los laboratorios y/o en las aulas de clase. Esa súper abundancia de postgrados, característica de nuestros tiempos, a la postre, sólo sirve para ocultar el desempleo de los profesionales universitarios.

Las políticas neoliberales tienden a convertir a la escuela pública en una guardería y a las universidades autónomas en gigantescas empresas subsidiarias de desempleados. (E)